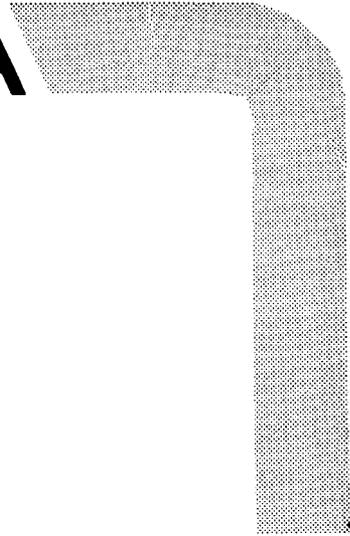


ANA ANTILLON. Costarricense. Tiene a su haber dos libros de poesía: *Antro fuego* (1955) y *Demonio en caos* (1972), títulos que dividen la producción de su única y breve etapa creadora poética, de primera juventud. De su obra narrativa, también escritura de esos días, perdida una novela, sobrevive *Situaciones*, libro aún inédito, compuesto de cortas creaciones en la que, en mayor o menor proporción, se funden unitariamente el clima del cuento, el arranque del relato, el ritmo poético, el sentido poemático, que las hace de incierta calificación genérica. A este conjunto pertenecen las prosas que aquí se publican.

CUENTOS

ANA ANTILLON

LA ESPERA



La mujer se deleita sentada sobre la cama, abrazando su cintura prominente y descansando la cabeza, que se ha quedado quieta, sobre el hinchado pecho. El tiempo, encarnando en vestiduras blancas con olor de medicamentos, calcula, ahondando en la cara larga, una capacidad de sombras de palidez. Ella se aconseja, cuchicheando para adentro, a su propio oído, con propósito de desviar la atención de lo que no sucede. Pero los instintivos reflejos le buscan acomodo en torno a las arrugas de la sábana, las cuales cuenta, y dentro de las cuales calcula ella, podría ocultar desde un milímetro hasta dos centímetros de su cuerpo.

Alguna vez tras sus pasos lentos, con los cuales desearía caminar, pero a los que sólo ha conseguido mover con la imaginación, se ha trasladado en pos de alguna de las pacientes que realmente pasan a su corta distancia, recorriendo con ellas los internos corredores hasta terminar en una cama más. Luego ha tenido que hacer regresar los propios pasos mezclándolos con los de la enfermera que, al detenerse cerca de aquella cama, continuaba después, para llegar al lado de su propio lecho.

Así habría proseguido en las conducentes vueltas y revolveres; iniciando recodos a veces que no pasarían de la intención del semicírculo; sin dar fin a lo empezado, devolviendo su imaginación; entonces reanudando su partida hacia una diferente dirección con igual objetivo.

Hasta que por fin. Todo su ser, que busca, se encuentra de repente ante el punto doloroso, pequeñísimo de su cuerpo; doloroso por lo esperado y doloroso por lo nunca percibido. Y es ahora cuando la atención se revuelve en el punto, se recoge en el punto, se endurece en el punto. Y el punto, con el injerto de sentidos, se agranda lentamente, descansadamente lento hacia la imaginación expectante.



Piedad es todo lo que se pide cuando se encuentra al frente de una, sentado a un escritorio, con la mirada baja y la aparente atención en un libro, un hombre de mirada rara.

De vez en cuando, un movimiento nervioso de la boca, un afilarse las uñas con los dientes, un conmoverse brusco en la silla giratoria, haciéndola chirriar desagradablemente, y de vez en cuando un pequeño grito, con voz atiplada y desentonada diciendo cosas sin importancia. Es incómodo saberlo allí, sentado y levantándose a ratos, con brusco salto y gritos destemplados, para atender en el teléfono o contestar atrocemente a su apacible jefe. Da la sensación de un pájaro con demasiada libertad y con miedo a tomársela toda para sí; sin embargo, pareciera que intenta defenderse de una prisión imaginaria.

Vuelo triste de esa ave pequeña y desgarrada en torno a los papeles, que en una rigidez contradictoria ordenan su escritorio. Luego, si una intenta observarlo detenidamente, es indudable que se da cuenta. De inmediato observa también, listo a cualquier acechanza, y los ojos, los turbios, un poco desmedidos ojos en las descomunales órbitas, bailan una danza gris y verde, en un entrecerrar de párpados irritados.

Es mejor observar, con la imaginación casi, al enigmático individuo sentado frente a una.

EL COMPAÑERO

PROLOGO

Este estar trabajando dolorosamente en algo, es manifiesto de una tensión puesta inútilmente sobre labores que nos estorban.

Cuando alguien se acerca y nos pregunta, con la sonrisa desconcertante en los labios, acerca de lo que estamos haciendo, nuestra intención se empaña y nos dirigimos a esa persona humildemente, sin siquiera pensar que se está tal vez burlando de nosotros.

Sólo alguien que se acostumbrara a esta clase de preguntas, podría decir sobre nosotros algo.

Exámenes es lo que nos hacemos todos los días al escribir subrepticamente cosas que no le importan a nadie ni a nosotros. Tonterías hasta doler la cabeza y, sin embargo, no cesamos nunca de decir lo que nos place en un momento dado, a pesar de lo peligroso que denota, para los que nos contemplan, el mirarnos en situación tan poco importante.

Un día hilvanando frases hechas y malhechas, se me fue en el corazón lo que no sabía, y sin más, deseché las cosas que había aprendido; con una triste amargura en los ojos, miré irse esas cosas hacia donde no podía volver a mirarlas.

Ángel de situaciones que me contemplas todos los días, día a día. A pesar de lo que yo quiera decirte, todo mi corazón se inflama en medio de la desesperación, y es por no poder conseguir sino frases muertas que no te alcanzan, ni siquiera te desean. ¡Oh alma suave deslizándose a través de mis circunstancias! ya no puedo quererte si no es con la sonrisa en los labios y la piedad en la frente, si no es burlándome un poco de tus andanzas mudas.

Buenos deseos son los que tengo cuando mi corazón se intranquiliza y se desvía hacia las cosas que no sabe. Abierta fuente de lágrimas que no se secan si no es con el viento seco de frases desprovistas de vida, inacabadas, inacabables.

Existe un fogueo pequeño en mi noche de profundidades.

pálido, triste, con los ojos abiertos, se aproximó a mí y me miró largamente. Un buen día detuvo su corazón, cuando se sintió recompensado, dentro de sí, por la sonrisa de mis ojos. Y un día se quiso volver, tranquilamente, al lugar de donde había venido, con la situación cansada sobre los hombros débiles.

Aquellos momentos en que yo estuve a su lado, hablando de lo que creíamos necesitar, me sentí satisfecha, aunque tan sólo hiciera acto de presencia una sombra, a mi

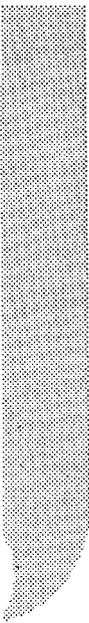


alrededor girante; inquieta dentro de su aprisionada alma, a fuerza de querer soltarse las envolturas nerviosas que la ligaban.

Chispas negras y claras, desde entonces, refulgen sin dolor, pero con el ostracismo pintado en las pupilas, y la situación clavada en lo que le rodea. Su mirada, un poco torva, necesita del enjuage que una pueda hacer delante de los ojos.

La conversación se había entablado dentro del movimiento lento; resguardándonos de enfrentar la presencia, el uno del otro; la voz fingiendo en una naturalidad establecida, dentro de cierto límite fijado por nosotros. El movimiento era largo y en nuestros encuentros, guardábamos la ilusión de llegar al acuerdo inmediato; pero al acabar la vuelta, nuestra conformación era lo no logrado.

Sin violencia quiso despedirse, apenas tornándome la espalda, con el fatigado intento de no volverme a tener cerca nunca. Pero en la observación de su presencia, que al darse vuelta en su vencimiento se alejaba retrocediendo, empecé a comprender algo



EL EXTRAÑO

que me interesó. Desde entonces decidí no perder el contacto con su imagen indecisa, y me escabullí hacia el rincón más oculto, de donde he podido contemplarle a mis anchas.

Su figura emergía transida y escueta dentro del traje, vuelta hacia mí. Había comprendido también; desde su centro de imposibilidad, me hicieron muecas tibias los ojos ceñudos y los labios, pronunciados por el hastío.

Observándolo estuve por largo rato, hasta el soltársele la lengua en que, decidido e inquieto, me dirigió la palabra, en una forma alterada y en un idioma que yo no conocía.

¡Pobre creatura! Nunca podrás hacerte entender aun cuando lo pretendas un montón de veces y en los idiomas que desees, si acaso quieres impresionarme con tu dialéctica. Yo seguiré desde mi rincón, acurrucada, en cuclillas y con la cabeza un poco baja, para fingir que la atención está puesta sobre el movimiento de tus pies.

Tampoco te podrás alejar, a pesar de tu inquietud y de la premura con que giras sobre ti mismo, para despistar mis miradas; no conseguirás errar mi atención aparente en tus tobillos, porque la verdadera intención se transfigura sobre tus miradas sôrdidas y entre las muecas gigantescas de tu boca, que no logrará jamás articular palabra, si la imaginación no la obliga a emitir sonidos para mi oído.

En el fondo de todo sólo existe una cosa que me conmueve, y es el pensar en el motivo de ayuda de las personas que se movieron a mi alrededor. En su ensimismamiento, cada una de ellas desgarró un pedazo de mi piel y el músculo para ver en el interior de mi cuerpo, a modo de caverna, pero sólo encontraron huesos y sangre en masa agitada, cuando pensaban encontrar movimientos de encéfalo en el corazón y el hígado. No convencidos todavía, al seguir buscando, con el palillo de sus curiosidades malolientes, llegaron al lugar de la bilis, la peligrosa víscera vitalmente principal del organismo, y con un entusiasmo repentinamente interesado, se pusieron activos. Su desazonada razón compacta, armada de excitación ahincada y seria, puso manos a la trabajosa obra de descolocarla cuidadosamente del permanente lugar, para colocarla junto al cerebro.

Estupidez innata la de estos principiantes, aprendices, que investigaban en mi cuerpo con el afán de llegar a alguna conclusión demagógica, que les pudiera servir para dar algo a la ciencia futura. En su inconsecuencia descubrían que, el mejor lugar para una víscera, con la importancia ideológica de la bilis, era junto al cerebro.

Con mucha maestría cerraron los tejidos que descomponían mi epidermis en un montón de fibras y cerraron el hueso cráneo para proteger la bilis envenenadora, de posibles ataques peligrosos que no estuvieran motivados por una razón inteligente. Entonces fue cuando pudieron ver, en completo desarrollo, sus capacidades de trabajo: la caja protectora había quedado impenetrable, hasta el final de sus conocimientos.

Ante mi visión espantada yo les veía abrir y cerrar las bocas explicativas, con la satisfacción de haber introducido dentro de mi organismo una amplia mejora curativa; pero por las ranuras circunvoluciones, sentía el líquido verdusco que se iba destilando, que goteaba, goteaba, sobre la córnea de mis ojos.

Cuando se resolvieron los pocos que quedaban a escribir sus últimas memorias, ya era tarde; en la soledad de un día grisáceo se escondió el entusiasmo y era porque, antes, sólo la indiferencia había reinado sobre sus sentimientos.

Entre ellos uno, el del pelo corto sobre el cráneo y la mandíbula prominente, el forzado, había sentido lástima de los demás; los demás, sus acompañantes delicados y negros. Poco a poco un final se aproximaba al destino de aquellos hombres, pero su decisión estaba consumada y sólo les quedaba esperar; esperar un giro extraño y único para su extraña salvación.

En el rincón donde permanecían ciegos y mudos, paralizados casi los rígidos miembros húmedos, un rayo de sol se posaba sobre sus pupilas arrancando débiles destellos de luz negra. Pero sobre su corazón pesaba el hielo que les consumía también las entrañas, el que les mantenía, casi resignados, apegados a tal sitio.

Embriagados de sombra, si alguno intentaba un ademán dulce, casi torpe, de cariño o de ayuda hacia un compañero, sucedía que de inmediato, se levantaba un revuelo azaroso, de pensamientos hoscos y rostros más huraños. Pero en lo más escondido del corazón, este resentimiento se convertía en dulce palpar.

HUMEDAD

Pasó el tiempo y el pesar de la quietad húmeda sobre sus pechos cerrados, se hizo más compacto y fuerte, picaba muy adentro su veneno.

Y el paso, paso, que con la tierra que daba vueltas resbalaba en sus pies, les iba conduciendo a unos lugares más soleados, quizá de milímetros escasos, pero ya, un apartarse grande de la sombra.

El más dulce y fuerte, se atrevía a esforzar una sonrisa, porque su corazón, aún impregnado de piedad para los compañeros, recibía mejor el sol.

Los demás, a fuerza de cohibirse y nunca apaciguar su furia interna, odiaban cada deslizar de su masa compacta hacia el sol brillante y recluían sus pupilas desconsoladas en sus congeladas entrañas, ahondando, ahondando en el frío. Jamás, ni aún al momento del último esfuerzo en su desgaste físico, desearon dirigirse una palabra de aliento.

El agitado jorobado gordo y largo, emitiendo nasal notas cortas, agudas; zancudo interesado, sacudiendo sus patas flacas de intención, revolotea y marea e importuna terco; levanta su voz gastadora con imperiosa fuerza, para ser obedecido en las cosas sin importancia que él ha logrado someter y que no corresponden a su cuidado. Se desprende de la ponzoña, el agujonado estorbo, y arremete con una de sus risitas malolientes y la congestionada nariz, contra el culpable inocente que agacha la cabeza delante de su prestigio, para poder ganarse una comida moralmente. Y entusiasmo su desasosiego inútil el largo jorobado, y revuelca sus papeles que le estorban el lugar de trabajo.

En un arranque de seguro logro, camina con rápidos pasos cortos para poder sorprender al desgraciado subalterno en agotamiento, y con un afán de lucir, que en él es signo característico, busca sacudir cuanto tiene de autoridad, para poder ajustar cuentas con una sociedad que le tiene deparada una ridiculez uniforme hasta la hora de la muerte.

SUFICIENTE

Con aparatoso empalago, se llega luego a su superior escondido entre cuatro paredes y prolonga allí una situación de suficiencia que le disculpa de su inapropiado trastorno, girante alrededor de los asuntos que no le incumben.

Enrarecido luego, como si fuera una mosca muerta en agitado descenso giratorio, con las alas abiertas, se descuelga, paulatinamente por la cuerda grotesca que pende debajo de su estancia de trabajo, cuerda arrollada a su cuello y amarrada de la vértebra de la mitad de la columna vertebral; se descuelga hasta el sitio seguro en que se encuentran sus conspiradores, que son sus aduladores; y allí, en un ambiente de envidia mal disimulada, reconoce una vez más y obliga a confirmar su reconocimiento, de sus capacidades prolongadas, a los seres que se mueven con aturdimiento agresivo a su alrededor.

En un afán violento de araña enredadora, del que trama en los asuntos de su desconocimiento, se mantiene en su nido caliente, entretejido por corporales miembros, que le protegen de una caída molesta o de un enfriamiento peligroso.

LAS PROFECIAS

Los hombrecitos vistosos con el sombrero de finales de siglo, un paraguas en el brazo izquierdo, el saco y los pantalones bien aplanchados; con sus caras blancas y mofletes sonrosados, hablaban y comían, a gusto de golosos, en la noche de verano; esforzaban sus voceillas extrañas alrededor de un vaso de cartón que contenía helados con frutas.

Discutían con el irreal placer de los infantes que comentan seriamente una imaginaria aventura de señores. Hablaban con los ceños muy serios, los lentes puestos oblicuamente sobre las apuntadoras narices.

Se proyectaba adentro de las cabezas nuevas, la obsesionante imagen de un solo lugar de estar muy quietos; un lugar con demostraciones ocultas durante las cuales desfilaban largas reconveniones con advertencias. Y en donde, de pronto, una cabeza espectadora se levantaba, y como resumen de lo asimilado cantaba:

*Hogar de las distantes enseñanzas
ya viene pronto destructora mano
rascando con las uñas delicadas.*



Las cabezas se aproximaban entre sí con un secreto asombro por el porvenir destruyéndose, pero con una satisfacción de constancia para las cien conversaciones de los cien domingos.